



Pasado y Memoria. Revista de Historia
Contemporánea
ISSN: 1579-3311
pasadoymemoria@ua.es
Universidad de Alicante
España

OLIVER OLMO, PEDRO
VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en
España, 1600- 1940, Madrid, Akal, 2009, 249 pp
Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, núm. 10, 2011, pp. 331-334
Universidad de Alicante
Alicante, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=521552320016>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009, 249 pp.

La biopolítica, un *no-concepto* historiográfico

La palabra «biopolítica», desde que Foucault le diera carta de naturaleza allá por 1973 y sobre todo durante los cursos 1977-78 (*Securité, Territoire, Population*) y 1978-79 (*Naissance de la Biopolitique*), enseguida fue acogida como un gran hallazgo semántico y cosechó un éxito inmediato en el campo del pensamiento crítico. Nació como concepto en construcción. Pronto empezó a tener vida propia, con aplicaciones y ampliaciones más o menos ajustadas a los planteamientos genuinamente foucaultianos (es decir, según nos recuerda Francisco Vázquez, la biopolítica entendida como «conducción de las conductas relacionadas con el ser humano en tanto organismo viviente, implicando por ello una serie de procesos vitales de alcance colectivo»), o con derivaciones, apropiaciones y reinterpretaciones tan polémicas como asimismo exitosas en obras de teóricos sociales de gran renombre, sobre todo Giorgio Agamben (en *Homo sacer*) y Toni Negri y Michael Hard (en *Imperio*), además de Zygmunt Bauman o Habermas y Sloterdijk.

Así se entiende mejor que el concepto de biopolítica se fuera haciendo

más y más visible en los campos de estudio de algunas Ciencias Sociales, y eso mismo explica que, con bastante relevancia y riqueza durante los últimos años, hayan empezado a darse grandes avances también en el ámbito español de los estudios sociales de la biopolítica actual (de la mano de autores como Javier Ugarte o Ignacio Mendiola, entre otros). Sin embargo, la biopolítica, ni en su acepción más ortodoxa ni mucho menos en sus enfoques más heterodoxos, no ha encontrado todavía su sitio en la gran caja de herramientas de la historiografía española más avanzada, es decir, aquélla que, aunque no pugne demasiado por formalizar dentro de las Ciencias Sociales conceptos y teorías con una fuerte resonancia crítica, los conoce y los aplica con solvencia. Paradójicamente, aunque Foucault se empeñó en dotarlo de historicidad, el concepto de biopolítica brilla fuera de los estudios históricos. Sus escasas apariciones literales en la obra de algunos historiadores españoles son en gran medida soslayadas por la comunidad historiográfica, porque suenan abstrusas y ajena, como herramientas analíticas de otras disciplinas, o, en el peor de los casos, como jerga vacua de ensayistas y jerigonza postmoderna.

El concepto de biopolítica sigue en construcción y en vigorosa ampliación mientras que la historiografía española apenas ha empezado a dibujarle un prometedor hueco

conceptual. Se ha convertido en un clamoroso *no-concepto* historiográfico algo que, sin embargo, adquiere auténtica utilidad cuando se aplica al análisis de la larga duración de los procesos históricos y a sus efectos en el tiempo presente.

Biopolítica de facto en la historiografía española

La biopolítica es, pues, un *no-concepto* historiográfico y por lo tanto su riqueza teórica proviene de fuera, aunque su verdadera aplicabilidad sea histórica. Sin embargo, su suerte futura ya podría haber empezado a cambiar, gracias al esfuerzo que ha realizado el filósofo e historiador Francisco Vázquez García en *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*. Este libro, además de la síntesis y la sistematización que nos hacía falta tener, por encima de cualquier aportación concreta, merece ser destacado por la mayor de sus virtudes: demostrar que, aunque su uso conceptual sea clarísimamente deficitario, el amplio y resonante significado teórico del término biopolítica impregna el enfoque de algunos historiadores españoles en muchos de sus trabajos sobre «poder» y «gobierno» de las «poblaciones», en la Edad Moderna y en la Contemporánea.

En efecto, hay muchos enfoques biopolíticos en la historiografía española. Con palabras de Francisco Vázquez podríamos decir que ya llevamos

varios años abordando la historicidad de las «prácticas de matriz biopolítica» (p. 6). De forma dispersa y fragmentada, a veces impresionista y desmigajada, la historiografía española ha ido analizando los trazos y los trayectos de la «conducción» política de las conductas colectivas, lo que permite al profesor Vázquez García, tras redefinirlo en términos de biopoder y biopolítica, situar su «punto de partida» en torno a 1600 para, desde ahí, ir desmenuzando la larga duración de «los discursos y las prácticas que configuran la biopolítica» en España. El autor profundiza en aspectos concretos de la biopolítica moderna y contemporánea y prefiere terminar su análisis en la década de 1940, cuando la biopolítica se tiñe de pretensión totalitaria. No obstante, nos son pocas ni irrelevantes las reflexiones que realiza Francisco Vázquez acerca de la utilidad de ese concepto para plantearnos mejor algunas de las interrogantes del presente (como «la presencia continuada e imponente de la Iglesia en el marco de la biopolítica», por ejemplo). Y, además, se detiene en hacer inteligible ese largo proceso de la biopolítica en España, que abarcaría desde el siglo XVII hasta nuestros días, resumiéndolo y subdividiéndolo en 6 grandes períodos que, por ilustrativos, conviene destacar aquí.

En primer lugar delimita una primera y larga etapa de formación histórica y de «nacimiento» de la

biopolítica propiamente dicha en España, la que en resumidas cuentas podría llamarse «biopolítica absolutista», que abarcaría desde 1600 a 1820. En ese largo período el ejercicio de la soberanía estuvo monopolizado por la figura del monarca, por lo que se desarrolla un auténtico marco de biopoder disciplinario (en instituciones asilares, cárceles y manicomios, o a través del control de pobres vagabundos y de la represión de la prostitución, entre otras prácticas de control punitivo). Pero también nace la biopolítica propia de un «Estado de policía», preocupada por la conducción de las conductas y por el aprovechamiento de los recursos y las utilidades. Entendida, en su sentido primigenio foucaultiano, como «gobierno de las poblaciones», la primera biopolítica española estuvo literalmente determinada por la acuciante problemática de la «despoblación» de amplísimos territorios, pues la población era entendida como una «riqueza del reino». Esto último tendrá una especial repercusión en el pensamiento económico y en sus derivas como proyectismo biopolítico barroco e ilustrado, muy preocupado por las descompensaciones estructurales del régimen poblacional, como las que provocaba «el exceso de religiosos» (pp. 97 y ss.), o la emergencia de «las políticas de extranjería» (pp. 105 y ss.), junto a «la expulsión de los moriscos» (págs. 110 y ss.), el cierre de las mancebías, o ciertas

prácticas lujuriosas y el problema de la sodomía y las polémicas sobre los afeminamientos, etcétera.

En su segunda etapa decimonónica, la que comprendería las décadas 1820-1870, la biopolítica se hace «liberal clásica», porque se va gestando un modelo de sociedad en el que emergen el Mercado, la Población y la Sociedad Civil con tendencia a su propio desarrollo autónomo y, por tanto, menos sujetos a la coacción del Estado. La «ciencia de la policía», ocupada del hombre «como viviente» y en desarrollo desde los comienzos de la dinastía borbónica, sobre todo a través de la práctica reglamentista y del uso de ese «saber de Estado» que llamaremos «estadística», se va a centrar en atender cinco grandes problemáticas: la población, los víveres, el trabajo (y el ocio), «la cuestión de las circulaciones y los tráficos», y la salud (en términos de higiene, limpieza y decoro, asuntos que el autor desmenuza en las pp. 155 y ss., retomándolos más adelante para relacionarlos con los tratamientos estadísticos, como «tecnologías de la gubernamentalidad liberal»).

Sin embargo, el siglo XIX dará para mucho y conocerá una nueva etapa, la que Francisco Vázquez denomina «biopolítica interventora». Esa tercera etapa de la historia de la biopolítica, a la que se dedica todo el capítulo VI del libro, comenzaría en 1870 y concluiría en 1939, es decir, cuando el Estado liberal ya

había cristalizado, entre otras cosas, intentando conducir los procesos biológicos, económicos y civilizatorios que iban a servir para evitar las consecuencias de la autorregulación del mercado. Es por eso una etapa de seguros sociales y «medicina social», de previsión y reformas sociales, pero también de nuevas tecnologías eugenésicas, con su enorme «polivalencia ideológica» (desde liberal a anarquista) y su lenguaje social darwinista de «defensa social» frente a los delincuentes concebidos como «enemigos biológicos» que amenazan la supervivencia de la nación (nación española, por supuesto, aunque Francisco Vázquez señala que también podría encontrarse su correlato en el imaginario racista del naciente nacionalismo vasco de Sabino Arana).

La dictadura franquista abarca la cuarta etapa de este largo proceso, la que el autor no duda en categorizar como «biopolítica totalitaria», entre otras cosas, porque el Estado ejerce un biopoder máximamente disciplinario y regulador, con un tremendo desarrollo de la tanatopolítica dirigida contra sus enemigos políticos, al menos en los primeros años de posguerra. Después llegará una nueva

etapa –la quinta, la que Vázquez llama *biopolítica social*–, en unos años cortos, casi coincidentes con lo que convencionalmente ha dado en llamarse Transición democrática, pues el autor la sitúa entre 1975 y 1985. En esos años, los de la edificación del Estado de Bienestar, vida y salud no son una «obligación» individual y una preocupación para el Estado (como se entendía en la etapa de la biopolítica intervencionista), sino un derecho que el Estado debe atender.

Y para terminar, aún puede objetivarse una sexta y última etapa, la que habría tomado cuerpo a partir de 1985, una especie de «biopolítica liberal avanzada o neoliberal» en la que «lo social» ya no va a ser un rosario de «necesidades básicas», sino un «trasfondo de energías» que hay que conducir hacia los fines marcados por los mercados. Por eso, al cerrar las páginas de este libro atípico y sugerente, nos asalta la duda sobre el biopoder que en estos momentos se está edificando y acerca de la biopolítica que se practicará cuando amaine (o no) la crisis sistémica del capitalismo global iniciada en 2008.

PEDRO OLIVER OLMO